

16
F. 205
Cosquillas



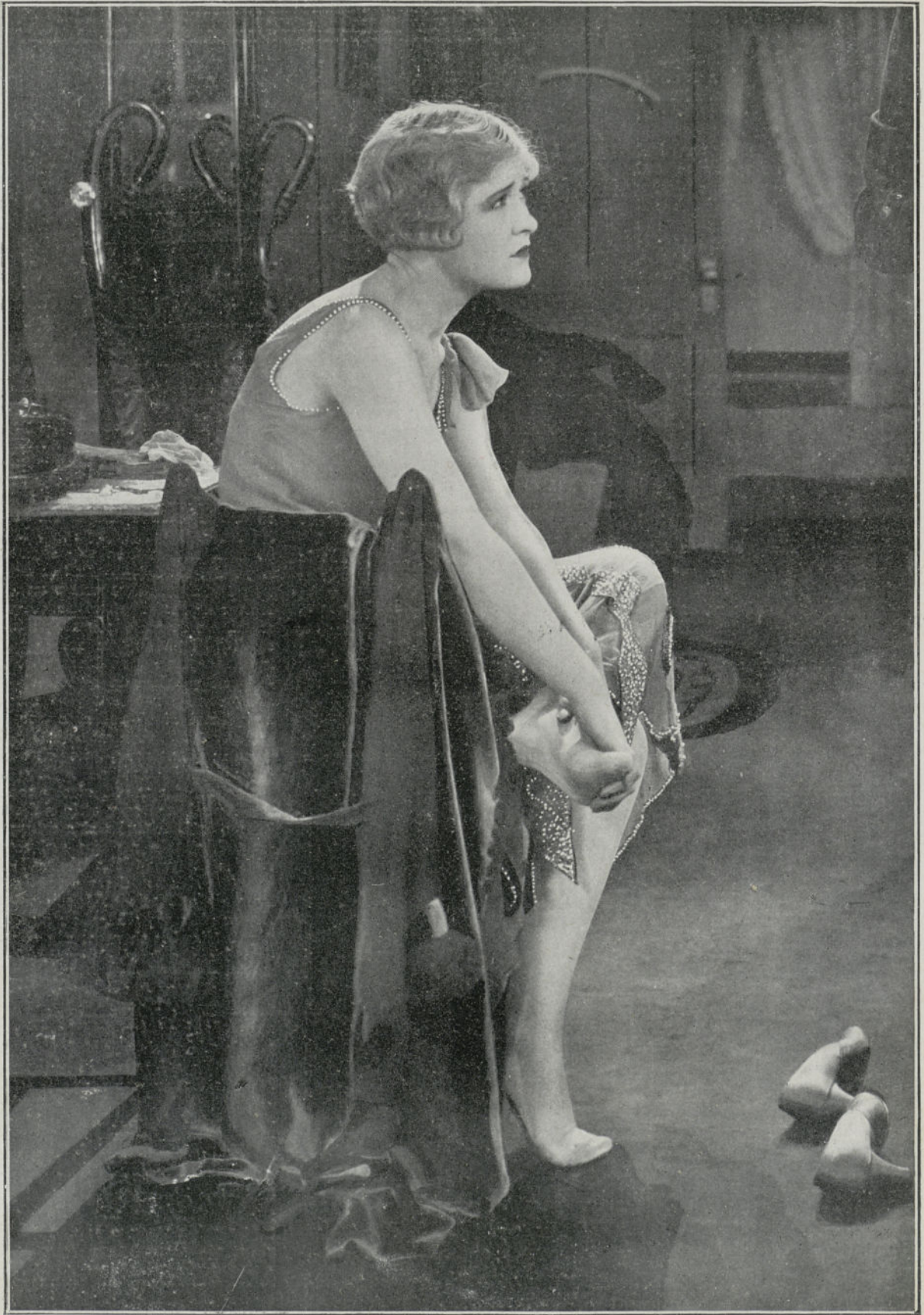
30
CÉNTIMOS

—Esta carta de mi marido me ha puesto muy despechada.

—¡Pues cómo estarías antes de la carta!

Dib. de Demetrio y Picó.

Demetrio y Picó



ACTRICES DEL CINE
LAURA LA PLANTE

La hemos tomado con la divina rubia y escalofriante chatilla. Es decir, quisiéramos haberla tomado con ella, pero está tan lejos... que nos tenemos que conformar con suspirar ruidosamente. Aprovecha la ocasión de que Laurita está descalza para mordisquearle los pies, INCÓRDIEZ.

(Fotografía de La Hispano Films.)

P4918

COSQUILLAS

REVISTA COMICO SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

CENTRAL ADMINISTRADORA

DE

PUBLICACIONES Y EDICIONES

Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 22.17 S.

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

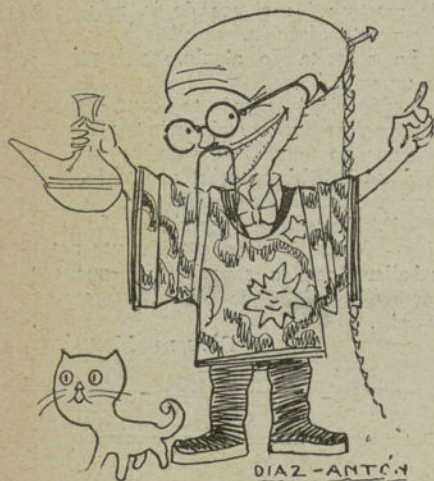
Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II

Madrid, 15 de Enero de 1927

Núm. 16



CHARLAS

por el

“Chino desconocido,,

Estoy encantado con este anónimo en el que nadie conoce mi verdadera personalidad. Todos me creen un chino verdadero y por las noches me pongo un gabán viejo y un si es no es grisiento, más bien *si es*, y me meto por esos teatros en los cuartos de algunas artistas, a las que ofrezco mi mercancía de collares, pulseras y pipas. ¡Y me entero de cada cosa!... Como me creen un infeliz desconocedor del idioma de don Miguel y me ven tan humilde de gesto, sonriendo siempre para lucir mis dientes de pescadilla, me tratan como si

fuera un cacharro de esos que utilizan para su higiene. Y yo lo soporto con gusto porque en el fondo me tratan con amabilidad. Alguna que otra vez me ponen en un aprieto porque me hacen cada pregunta... Que si las chinas tienen los pies deformados para que resulten más pequeños; que si tienen alguna que otra deformación con el mismo fin. Que si yo estoy proporcionado interiormente o que si hay deformaciones en mi estructura. ¡Qué sé yo! A todo contesto con mi eterna sonrisa y ofreciendo mi mercancía. “¿Quele pulsera? ¿Quele colar? ¿Quele boquilla pala su *novó*?” Y ellas me manosean el género y entre ellas hablan de sus adoradores, a los cuales piensan proponerles la adquisición de mi mercancía. Una rubia alta, preciosa y cadenciosa y... otra cosa, me protegió la otra noche. Estaba en el cuarto de tres señoritas de conjunto, que son tres estupendeces en conjunto y en detalles y en todas partes. La rubia escultórica y cimbreante, dijo mientras rebuscaba en mi maletín: “Yo tengo cinco o seis collares pero voy a decir a Pepe, cuando venga, que le compre cosas al chinito por favorecerle. Mirad qué chiquito y qué *gurrimino* es. Voy a ver adónde me llega con las gafas”. Y se acercó a mí de pie hasta comprobar que mi estatura es justamente la mitad de la suya.

Vuestro, (¡Pero qué iba a decir!)

EL CHINO DESCONOCIDO



CRONICAS CAFRES



Nuestro compañero “Karabá”, nos ofrece, todo lo formal que puede ofrecer un cafre, que desde el próximo número enviaremos crónicas lo menos salvajes posibles.

Nosotros nos hemos regocijado con la promesa, pues creemos firmemente que el muy pedazo de bestia conseguirá hacernos “de reir.”

Este número ha sido revisado por la censura.

INDISCRECIÓN



La caza del sátiro

En la provincia de Gerona, en los alrededores de un pueblecito de payeses, en un paisaje hosco, primitivo, recio, ha hecho su aparición un sátiro. Hace muchos años que "no se llevaban" los sátiros. Desde aquel célebre sátiro "de A B C", que popularizó la Fornarina en un cuplé que aún tararea Luis de Tapia, no se ha sabido de otro. Y aquel de entonces era un sátiro mixtificado, un sátiro poco clásico, que buscaba medio, civilizados para demostrar su condición: los hoteles, los reservados de señoras en los ferrocarriles, los cinematógrafos.

Este de Gerona es clásico y magnífico. Opera en pleno monte entre jaras y lentiscos, a la luz de la luna, y va desnudo. Caer de un salto, como una fiera, sobre su presa, y muerde, y jadea, y araña, y ruge. Las recias mujeres gerundenses que lo han topado en su camino se han visto y se han deseado para ahuyentar a la alimaña. Cuarenta escopeteros han salido a cazarle. Me repugna el propósito. No creo que se deba matar a tiros a ese hombre. Me parecería mejor que, bien dispuesto un cepo, lo capturasen vivo. Es pieza de museo. No por lo que tenga de animalidad, por lo que conserve de hombre, me interesaría el estudio de ese ejemplar de sátiro. ¿Cómo ha podido defenderse de las sugerencias del ambiente de hoy día? ¿Dónde ha vivido, qué ha hecho para no dejarse influir por el espíritu de las ciudades? Un sátiro en los albores de 1927; un sátiro en pleno reinado del "chanchullismo", del "charlestonismo" y del "ambisexismo", es algo inconcebible. A lo mejor no existe. A lo mejor es un delirio de la mente acalorada de unas pobres mujeres que han soñado que eran maltratadas por un sátiro, bestialmente agresivo. ¡Se sueñan tantas cosas! Pero, por sí o por no, los mozos de la comarca, armados como para la caza del tigre, se han lanzado a exterminarle. No quieren que sus mujeres se topen con el demonio. Les aterra la idea de que al llegar la noche, cuando caen rendidos en la yáciga matrimonial, ella se les cifa a la cintura suplicándoles que no se duerman, que velen, que el sátiro las intranquiliza.

Los hombres se han tornado egoístas. Y las mujeres, escépticas. Para ellos es un tormento el amor sin tregua ni reposo. Para ellas, la satiriasis en los hombres una enfermedad... ¡de la que se ven libres sus adjuntos!

Ellos se unen y se arman para cazar al sátiro, más por lo que tiene de enemigo suyo, que de peligro para las doncellas. Las doncellas gritan, se asustan, se indignan, vociferan ¡auxilio!

Cazarle, bueno. Pero que no le maten. ¡Que le exhiban!

LEOPOLDO BEJARANO

CATULLO MENDÉS



—Oye: ¿Qué es un sátiro?
—Un señor muy correcto que te invita a dar un paseo en su "auto", prometiéndote conducirlo en la primera velocidad, y que en cuanto estéis en las afueras emplea la cuarta a todo meter.

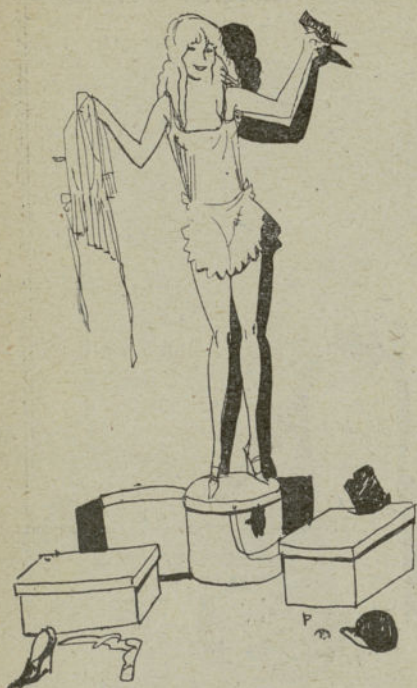
Dib. de Herreros.



BUENA PROPOSICION, por Demetrio.

Una.—Si te decides a dejar el hotel y vienes con nosotras a servirnos, además de pagarte mejor, te regalaremos una alhajita.

La doncella.—¡Ay, qué bien!...¡Con lo que a mí me gustan los tresillos!



Cosas de Mary Lola

¡Estoy desesperada! ¡Soy la señorita más desgraciada que lleva la falda por las ingles! Figúrense ustedes que no sé qué ponerme para diferenciarme de mis amigas, que todo me lo copian las muy envidiosas. La semana

pasada me compré unos zapatitos de piel de suegra, con los tacones color equimosis, que son una lindura; pues ayer se los encargó exactamente iguales Maruchi Lamida. Y no digamos nada de mi vestido de crespón malva, bordado de vencejos, que fué mi éxito del Ritz, y que al día siguiente se encargó Purita del Centro, que tanto me copia y tanto es su interés en superarme, que estoy viendo que un día cojo un pequeño resfriado y ella pesca una pulmonía para ser más que yo.

Yo no sé qué hacer para que mis originalidades queden sin copiar a las veinticuatro horas. He probado a no llevar más que una liga y mis imitadoras se apresuraron a hacer lo mismo. He tenido relaciones con un hombre casado y ellas han precipitado al divorcio a cinco maridos. Me meto los dedos en la nariz y ellas van más allá en la exploración digital. ¡Es un fastidio! Pero se amuelan, porque eu lo único que no me pueden imitar es en lo bonita, ¿Les extraña mi vanidad? ¡Ay, hijitos; son ustedes muy poco galantes con esta su afectísima amiga!... Pues si me lo creo es porque puedo. Ayer me piropeó un señor de cierta edad, cuando salía de Molinero; no entendí bien lo que me dijo con la boca; pero lo que me dijo con los ojos, me puso colorada; y eso que yo he oído más burradas elogiando mi belleza, que pelos tengo, y tengo una abundancia, que es mi orgullo. ¿Que no? ¿A que sí? ¡Miren que soy capaz... Pero hablando

en serio; yo tengo que cambiar de doncella cada ocho días, porque casi todas se me ponen demasiado finas. ¡Ay, sí; pero muy finas! Y no digamos nada de los amigos de casa; como mamá, además de guapísima, es viuda, pues la hacen la rueda unos quince, entre pollos y gallos; pues bien, la tengo soltera. Sí; porque es que me amoratan a miradas y me atontan a suspiros los admiradores de mamá en cuanto me ven. Pienso casarla pronto; pero tendré que ocultarme a los ojos de nuestros amigos para que descansen de mi contemplación y se fijen en mamá. ¿Que soy archivanidosa? ¡Pues mejor! ¿Pero qué traje llevaría yo a la conferencia? ¿Qué modelo incopiable? ¡Ya sé! ¡Uy qué bien! ¡Iré de Eva... y sin pelar!

UN VIEJO DON JUAN.

EPIGRAMA

De frailes acompañado pasaba un entierro un día y uno a quien le parecía el entierro autorizado a un fraile con inquietud —¿Quién ha muerto? —preguntó y el fraile le respondió: —El que va en el ataúd.

MORETO



El.—¿Te empeñas en no darme el sí?

Ella.—Yo te daría el sí; pero es que tú no se en dónde te has creído que tenemos el sí las mujeres.

Dib. de Bellón.

PARA CONQUISTAR



A. LAS GACHÍS.

(Para conseguir una señora de treinta y cinco años y casada.)

“Toda mujer más o menos gorda oculta en su corazón dos volquetes de romanticismo, y en el cajón de su armario unas medias con otros dos volquetes”.
EL AUTOR.

“El romanticismo es una cosa larga que no usa camiseta”.—UN TÍO SEGUNDO
DEL AUTOR.

“¡Oh, romanticismo, romanticismo!”—SU ABUELA.

A las mujeres, para gozar de sus caricias frenéticas y voluptuosas, hay que darlas lo que no poseen.

Y no me negarán ustedes que la frase, no solamente es bella, sino que encierra una verdad más grande que un pavo de doce duros.

Una gachí unida a un jefe de negociado, por ejemplo, tiene alubias con que nutrirse, tiene un lecho donde pernoctar cómodamente, tiene una criada a quien reñir todas las mañanas de diez a doce y tiene un lunar en una cadera que es el orgullo de su consorte y de una tía suya de Sigüenza, que es más aficionada a los lunares que un servidor de ustedes a las amas de cría de veinticuatro años y de Vigo.

Pero le falta una cosa, esencial en este mundo repugnante: Y esa cosa es un poco de ilusión romántica, que es precisamente lo que usted la debe dar si quiere verla demente de pasión insana.

Supongamos que es usted amigo de un matrimonio de Cuenca, padres de un niño de cinco años y de cara de idiota.

Frecuenta usted la casa, juega al tute con el cónyuge, y de cuando en cuando le da usted al infante una pelota de goma y una patada en los riñones cuando no le ve su madre...

Bueno: pues usted, que tiene una amistad de estar siempre unidos, va un día al hogar, a una hora en que no se halle el que gana las pesetas, y pasa usted al comedor, en donde está la madre en la camilla haciendo un “jersey” de punto

bastante mal, y el niño haciendo migas con unas tijeras un “Blanco y Negro” atrasado.

Y después de los saludos de rigor, inicia usted en esta forma la charla conquistadora:

USTED.—¡Oh, qué encanto de hogar! (Frase que debe usted decir con frecuencia, porque, precisamente, el marido dice todo lo contrario, y a las señoras les gusta mucho que contradigan a sus esposos en este punto.)

ELLA.—(Creyéndose en el deber de decir lo que dicen todas las mujeres desde los treinta y cinco años para arriba.) ¿Y usted por qué no se casa, Enrique?

USTED.—¡Oh, Matilde! ¡Es tan difícil encontrar una mujer que nos haga feliz! ¡Es tan difícil! ¡Oh! ¡Ah!...

TININ.—(Dejando de recortar el pulcro semanario y dándole a usted una patada en una espinilla.) ¡Dame caramelo, Selique!...

ELLA.—(Sin dejar de hacer labor.) Vamos, Tinín, estate quieto. Mira que a lo mejor a este caballero no le gusta que le den patadas en las espinillas...

USTED.—(Hecho harina de indignación y pensando que en este momento Herodes a su lado era un García Molinas para la infancia.) ¿Cómo que no me gusta, señora? ¡Me encanta! Esto para mí es una caricia escolar que me conmueve.

ELLA.—(Siguiendo la conversación interrumpida.) ¡Hay chicas muy guapas por ahí, Enrique!...

USTED.—(Poniendo los ojos en blanco tiza y mirando luego fijamente al flexible de la luz.) ¡Muy guapas! ¡Muy guapas! ¡Muy guapas!... (Sigue usted diciendo esto durante diez minutos, al cabo de los cuales separa usted la vista del cordón y los fija en la quesera del trincherero. Este detalle es muy importante, porque da una sensación enorme de romanticismo.) ¿Y qué es la belleza? ¿Qué es la juventud? ¡La juventud no es nada!... La juventud pasa y se va como un billete de veinticinco pesetas cuando se cambia. ¡Pero queda la madurez! ¡Ay, si yo encontrase una mujer de esa edad que me comprendiese! ¡Ay, si yo hallase una dama que me amase como a esa edad se sabe amar! ¡Ay... ay, mi madre! (Este quejido lo exhala usted de resultas de otra patada que le ha dado Tinín, que tiene la costumbre de pedir los caramelos por este procedimiento es-

quimal.) ¡Ay, si yo encontrase esa mujer! ¡Pero no, no la hay!... Digo, si la hay; pero esa mujer a quien adoro es para mí imposible, lo mismo que es imposible ir a pie a Fernando Poo...

ELLA.—(Con una cara de idiotas espantosa.) Hola, hola... ¿Conque esas tenemos? ¿Conque está usted enamorado?

USTED.—Ciegamente, con delirio, con locura... ¡Esto no es amor, es un vértigo!... ¿Qué digo, un vértigo?... Es una asquerosidad... ¡Pobre de mí!...

ELLA.—(Con una curiosidad digna de una portera de cincuenta y siete años.) ¿Y cómo es? ¿Cómo se llama?...

USTED.—¿Que cómo es? ¿Que cómo se llama?... ¡Oh! ¡Ah! Escuche usted estos versos que han salido de mi lira:

Su pelo es rizado;
su cara, morena.
No se llama Rita,
ni se llama Elena.



El perro.—Mi ama ha estrenado hoy zapatos de charol. Como vayamos hoy al campo con ése, apañados se le van a poner los talones.

Dib. de Herreros.

Sus ojos son grandes,
chica su nariz.
No se llama Encarna,
ni Paz, ni Beatriz.
Sus cejas pobladas,
como California.
No se llama Irene,
no se llama Antonia.
Sus labios son rojos
como los cangrejos
que estén ya cocidos
y que estén ya viejos.
Y su mano es breve,
y su pie chiquito...
¡Esta es la señora
que me tiene frito!...

ELLA.—(Poniéndose muy colorada al notar que le ha hecho usted su retrato en los susodichos versos, y no sabiendo qué decir.) Anda, Tinín, pídele otro caramelo a este señor.

USTED.—No, por Dios, que no se moleste. Toma, rico. (Y le da usted un paquete de dos kilos, pensando en que hay indigestiones que despenan a los individuos atacados.)

Y ese día no hace usted más. Espera otro en que tenga la seguridad que está ella sola, y va otra vez a la mansión.

USTED.—Perdone que venga, Matilde; pero tengo que darle a Ruperto (Ruperto es el marido) un recado urgente. ¿Tardará?

ELLA.—(Muy azorada.) No sé. Ha salido con el niño. Estoy sola con la muchacha.

USTED.—Entonces, me permitirá usted que espere.

(Y pasan ustedes al mismo comedor. La conversación es fría, como la comida de una casa de huéspedes desordenada. Se habla del niño, se habla del teléfono automático, se habla del crimen



Ella.—¡Vaya, que no!... No soy una niña de pecho.

Dib. de Mouro.

de Aravaca, hasta que usted saque a relucir el tema del amor y ella siga con la tabarra del matrimonio.)

ELLA.—¡Cácese, amigo mío, cácese!...

USTED.—No. No podría. ¡Ah! ¡Oh!...

ELLA.—¿Pero por qué?

USTED.—Porque no podría. ¡Oh! ¡Ah! (Exclamaciones que debe usted salpicar en la conversación para dar a entender que padece, igual que si llevase unas botas chicas.)

ELLA.—Pues si le entiendo a usted, que me ahorquen, rediez...

USTED.—(Despeinándose horrorosamente.) ¿Pero es posible que no me entienda, Matilde? (Cogiéndole una mano con pasión y con los cinco dedos necesarios.) ¿Es que no adivina mi tormento? ¡Oh! ¡Ah! ¡Qué horrible! (Con voz ronca como si se hubiese usted pasado su juventud voceando mandarinas.) Es que yo... yo... la amo... ¡la amo! (Ca usted de bruces sobre la camilla, procurando no cargarse el centro de mesa.)

ELLA.—(Retirando la mano y acordándose de lo que decía la protagonista de "Luchando contra su honra o amor de lechero" en análogas circunstancias.) Caballero, no continúe, porque le haré arrojar de aquí por mis lacayos... ¿Olvídate usted que soy casada?...

USTED.—No importa. El amor no repara en estupideces.

ELLA.—¡Es que soy honrada!

USTED.—¡No importa! ¡No importa!

ELLA.—¡Es que soy madre!

USTED.—¡No importa!

ELLA.—(Algo molesta.) ¡Le digo a usted que sí importa, repijota!...

USTED.—Sí, sí ya lo he oído; pero yo le digo a usted que no.

LA CRIADA.—(A la que ha dado usted veinticinco pesetas para que diga desde el pasillo lo que sigue.) Señorita, me tengo que ir por carbón, porque no hay.

ELLA.—No, no, Leonor. Ya irá usted luego.

LA CRIADA.—Es que no tengo para encender la lumbre. En seguida vuelvo.

ELLA.—(Comprendiendo que insistir sería dar a sospechar.) Bueno, vaya, pero no tarde mucho.

(Se va la criada a la calle por dos o tres horas.)

USTED.—¡Todo se nos pone a nuestro favor! ¡El amor, como Uzcudun, vence siempre!...

ELLA.—No insista usted, porque es inútil. ¡Yo me debo a mi marido, a quien idolatro!

USTED.—¡Tú no te debes a nadie, pétalo de rosa y Encarna! ¡Tú te debes al Amor! ¡Huyamos! ¡Yo te llevaré al Cairo, a China, veremos países nuevos... Africa, Colombia, Albacetas...!

ELLA.—(Medio rendida al ver el viajecito que le promete usted.) ¡Oh, Enrique, por Dios!...

USTED.—(Recitando a media voz los versos de antes, para dar una sensación de final de acto.)

Su pelo es rizoso...
su cara es morena...



Ella.—Yo soy entodavía una chiquilla sin acabá de criá.

El.—¡Pue te puede acabá de criá tú misma!

Dib. de Bellón.

¿Recuerdas estos preciosos versos, azucena de jardín de Logroño?...

ELLA.—¡Oh, ah!

USTED.—(Acabándola de hacer consumo.)

Sus labios son rojos
como los cangrejos...

ELLA.—¡Ah! ¡Oh!

USTED.—(Cogiéndola en brazos y dándole vueltas alrededor de la camilla.) ¡Huyamos! ¡Huyamos!...

(Y ella entonces, como es natural, se desmayará, porque si no se desmaya es más bestia que la mula de una noria.

Y desde ese momento tiene usted una señora a su disposición hasta la vejez más repugnante, y todo por un gasto de bagatela.

¡Y si no le hace a usted el susodicho plan, que le frian una bufanda!
¡A ver!

MIGUEL SANTOS

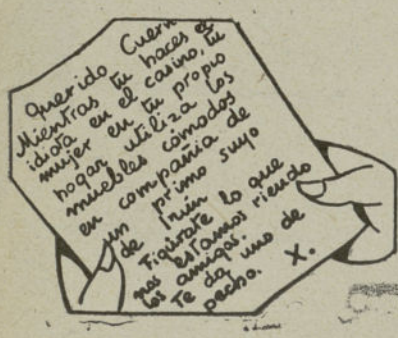
(Ilustraciones de Mihura.)

(En el próximo número les juro a ustedes que no sé aún lo que se me ocurrirá relatarles.)

Virilidad perfecta

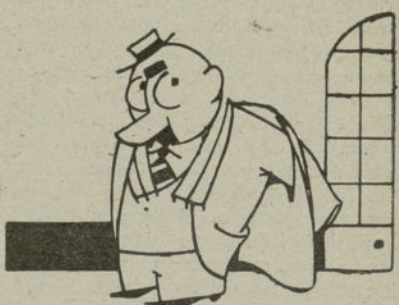
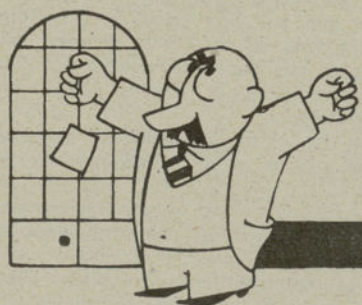
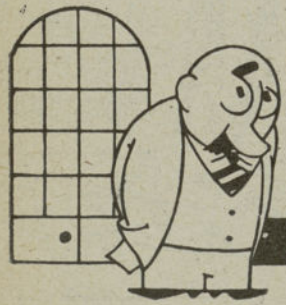
instantánea, sin medicamentos.
«SECRETO FAUST», infalible
¡aun septuagenarios! Envío pliego cerrado, 0,25. Escribid
Apartado 1.236. Madrid

LA SERIEDAD, por Mihura



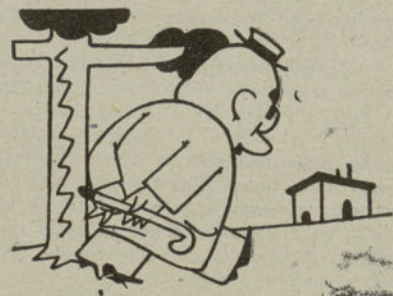
—¡Atiza!...

¡Qué dirán mis conocidos!...



¡Con lo bromistas que son!...

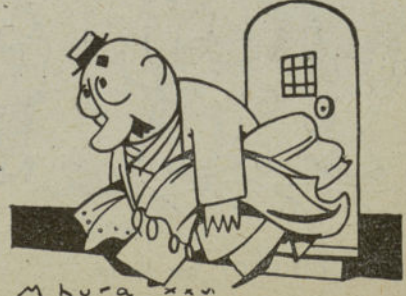
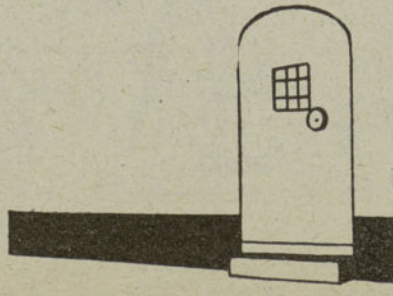
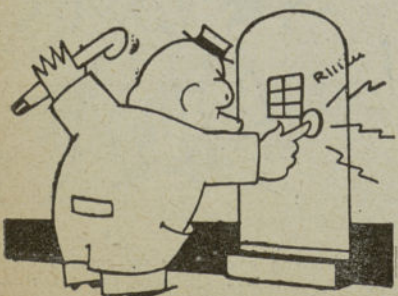
¡Ahora que, eso sí que no!... Yo soy ... y pondré un remedio...
una persona seria...



... eficaz y enérgico...

... porque no todo lo tolero...

... menos que mis amigos me gasten bromas.



Yo entro en mi casa...

¿...?

... y me llevo las cortinas y la colcha.
¡A mí no me hace chistes ni mi padre!

CUENTOS AL OIDO

Una aventurilla

Mi amigo Jaime no me buscaba nunca; yo tampoco hacía nunca por encontrar a mi amigo Jaime, y sin embargo, allá de vez en cuando, la casualidad nos ponía de improviso frente a frente el uno del otro, como si se empeñase en refrescar mutuamente nuestra memoria, donde ya se iban efectuando—obra del tiempo exterminador—nuestras vagarosas siluetas. En nuestras inesperadas entrevistas, desempeñaba yo siempre el papel de oyente. Jamás tenía nada extraordinario que referir a mi amigo; éste por el contrario, en toda ocasión había de narrarme alguna peripecia, de índole amorosa principalmente, pues la vida, que a mí me negaba la sal de toda emoción y la pimienta de toda aventura mostrábase con él de una prodigalidad excesiva a mi juicio. Tanto era así que, al oírle que las modistillas, que las actrices, que las artistas o que las daifas de toda laya se le vendían apenas las abordaba, pensaba yo cuánta mentira habría de entreverar el presuntuoso entre algunas que otras verdades, porque las mujeres, digan lo que digan los tenorios, no son, al menos para mí, palmeras que ofrezcan a cualquiera sus dátiles, odres que viertan en todas las fauces su vino, ni vides que, a borde del sendero, tengan para cada viandante el regalo de sus dulces racimos de ámbar.

Yo escuchaba, pues, siempre; pero lo escuchaba con cierta envidia. Jaime—pensaba yo—, mentiría seguramente mucho; cribada, no obstante, la poca verdad que hubiese en sus palabras, con esta poca verdad me hubiese conformada yo para ornato y gozo de mi existencia monótona, quieta y apacible. Noches iguales, días grises, ¡cómo me pesaban cuando los comparaba con los de mi bienhadado amigo!

En una ocasión dejé de ver a Jaime más tiempo que nunca. Quizá transcurrió un año sin que nos encontrásemos en la calle.

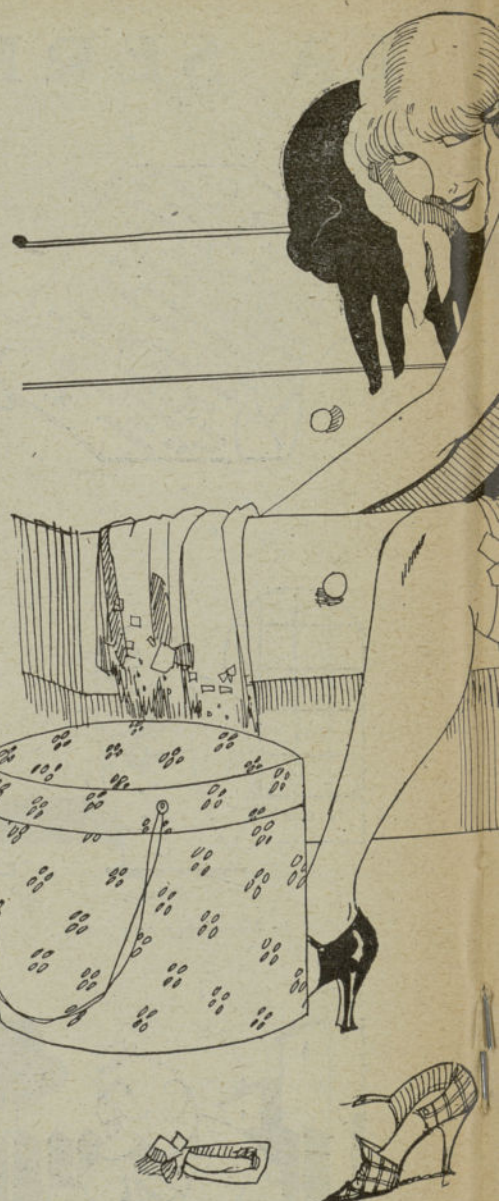
Por aquel entonces, ocurrióme a mí una aventurilla deliciosa y, como es natural, ardía en desos de toparme con Jaime para contársela. La aventurilla fué de lo más vulgar. Una mujer conquistada por un hombre en un baile de máscara. O un hombre conquistado por una mujer, porque acaso aconteciese así... La falta de costumbre, sin embargo, me traía loco de entusiasmo y la realidad tangible de aquella deliciosa mujercita me sacaba de quicio siempre que la veía hermosa, tentadora y llena de arrobadores hechizos. Para mí, era demasiado aquello. El secreto no me cabía en el cuerpo. Necesitaba un confidente a quien contarle cuanto me sucedía... ¿Dónde se escondería Jaime?... No es que esperara áchicarlo con mi aventurilla; pero de este modo, al menos una vez, tendría que escucharme él y ver que, por muy estéril y yerma que sea la vida de cada uno, siempre hay lugar en ella para que se abra una flor de suave aroma y frescos pétalos inmarchitables.

Un día, al fin, la casualidad apiadose de mí. Jaime y yo coincidimos en un café.

—¡Dichosos los ojos!—exclamamos los dos a un tiempo palmoteándonos en los hombros y casi abrazándonos.

Nos sentamos juntos y apenas hubimos cambiado unas frases banales, sin esperar a que empezara él a contarme su última andanza amorosa, le narré yo la ma con un ímpetu arrollador. El la escuchó pacientemente sonriendo con una leve mueca de hastío y, cuando hube terminado mi relato, exclamó:

—¡Bien, hombre, bien!... Ya era hora de que empezases a hacer el indio con las mujeres, a darles la salud, la tranquilidad y el dinero... Luego, en cuanto hayas experimentado a unas cuantas, verás que todas saben poco más o menos a la misma cosa y el tedio se te cebará en el corazón como un áspid sin piedad. A menos que no tengas la suerte que he tenido yo...



COSAS DE MARY

Si son ustedes buenos chicos les enseñaré n...
¿Quieren?



«ER NDURTO», por Be ón

En una capital andaluza se ordenó una vez la recogida general de...

... «servidoras» de ciertas casas de nota... suspenso. Y los «guindillas», cumpliendo la orden, los recogían uno por uno...

... y los llevaron a cumplir un castigo objeto de la recogida: Sacrificar sus cuidadas cabelleras, su mayor orgullo y debilidad.



RY LOLA, por Picó.
¿mi ropa interior... y el interior de mi ropa.

Hizo una pausa solemne, durante la cual me sahuró con el humo de su cigarro.

Yo, absorto de ver a aquel diablillo metido a predicador, lo contemplaba estupefacto.

—Ya sabes—continuó a poco—lo que he sido siempre. ¿Para qué repetírtelo?... La vida tenía para mí un objeto exclusivo: la mujer. Ella guiaba todos mis pasos, a ella llegaba por todas las veredas. Y puedo afirmar sin jactancia que de ella gocé hasta la saciedad. Pero, de poco tiempo a esta parte, ¿qué vacío notaba en mi alma!... ¿Cómo me sentía el corazón sembrado de ceniza!... Cuando me recogía en mi interior y repasaba mi vida, semejábame ésta un desierto de horizontes ilimitados y baldíos. Y puedes creerme; sentía un frío extraordinario, un frío de tumba a mi alrededor...

Calló de nuevo para colocarme tres profundos suspiros inacabables. Hizo luego un ademán como para rechazar de un golpe toda su vida pasada y agregó:

—Nunca en tan buena ocasión pude descubrir a una muchacha encantadísima, todo candor y pureza. Me enamoré de ella perdidamente como un novato, como un colegial. A su lado conocí la timidez y supe que, a veces, deleitan mejor y dejan más grato sabor unos besos furtivos, unos apretos de manos o unas miradas que todas las caricias frenéticas, enloquecedoras y tránsfugas del mal llamado amor. Como comprenderás, amigo mío, no quise dejar escaparse tan feliz oportunidad. Y hace cerca de un año que estoy casado...

—¿Casado tú?...—exclamé lleno de asombro.

—Y arrepentido de no haberlo hecho antes. Porque yo, que tanto viví, jamás gocé de una felicidad tan intensa como la que ahora experimento. Claro es que lo debo a mi suerte maravillosa. ¡Ya lo creo!... Tengo por esposa a la perla de las mujeres. Se mira en mis ojos, anda siempre en torno mío como un hada benéfica y se anticipa a mis deseos más nimios. Es una ver-

dadera joya. Y de hermosa, ¿para qué te voy a contar?... ¡Una maravilla!... Verás su retrato...

Echóse mano a la cartera; pero, antes de enseñarme la fotografía de su esposa, me dijo:

—Seguramente pensarás que soy un gran egoísta, puesto que hace un rato que hablo sólo de mi felicidad sin ocuparme de la tuya. Quiero que cambies de opinión. Veamos antes el retrato de tu dama. Tiempo habrá luego de ver el de mi mujer.

—Primero veamos el de tu esposa, Jaime—le repliqué—, porque me trae en ascuas conocer, siquiera sea en retrato, a la dama que ha tenido gancho suficiente para hacerte pasar por la vicaría. Realmente deberá tratarse de algo excepcional...

—No tanto, hombre, no tanto...—respondió mi amigo, rebuscando en su cartera, que bostezaba sobre la mesa con sus seis bolsillos abiertos como un acordeón pronto al quejido gutural—. ¡Aquí la tienes!...

Era una mujer morena; los ojos como brasas, grandes, expresivos, hipnóticos; el pelo rizado, caído en bucles sobre los hombros mal velados; la nariz, respingoncilla, burlona y altiva; la boca, de labios finos y entreabiertos; la barbilla, fina; la garganta, suave de contornos. Por toda su faz se paseaba la sombra casi esfumada de una graciosa sonrisa. Al pie del retrato decía una dedicatoria: "A mi Jaime, para siempre. Amelia".

—Parece que te ha impresionado, ¿verdad?—me interrogó mi amigo, viéndome un tanto turbado.

—¡Es tan bella—le contesté—, que disculpa todas las tonterías: hasta la de casarse!

—¡Ya verás como tú te casas también, pillastre!—me replicó—. Por supuesto, que más adelante. Ahora te tiene cautivo una mujer. ¡Preséntamela, hombre! ¡También será cosa buena!

Yo busqué afanosamente en mi cartera y en mis bolsillos durante un buen rato. En vano todo.

—¡Ay, chico!—exclamé al fin—. O he perdido su retrato, o lo tengo en casa... ¡No doy con él!...

—Déjalo entonces, déjalo. Otra vez será. Me da el corazón que ahora nos veremos más a menudo...

Mi amigo siguió charlando de su felicidad hasta que agotó el tema. Luego se marchó. En cuanto traspuso la puerta del café saqué parsimoniosamente de un tarjetero la fotografía de mi amada y me quedé mirándola ahincadamente.

Era una mujer morena; los ojos como brasas, grandes, expresivos, hipnóticos; el pelo, rizado; la nariz, respingoncilla... Al pie del retrato decía una dedicatoria: "A mi amor, para siempre. Amelia".

Una risa socarrona entreabría mis labios...

JOSÉ A. LUENGO



Y dieron con sus cuerpecitos sandungueros en casa de "Manué", el peluquero, que esperaba sonriente el "descabello". Las protestas se oían en Leningrado, y ninguno quería ser el primero.

Hasta que uno, adelantándose, solicitó:

—¿Puede usted "concederme" un "favó"? Pues pele "osté" a éste primero, que antes que termine ¡llega "er indurto"!

A unas pantorrillas

(ELOGIO)

Firmes, torneadas, graciosas, ligeramente nerviosas, bajo las medias rosadas, para ellas son las miradas amorosas.

Pantorrillas principescas de "cocotte" y de mundana, de señora y cortesana, siempre duras, siempre frescas, bajo las medias rosadas, para ellas son las miradas picarescas.

Pantorrillas elegantes, bellas armas de mujer, con las que saben vencer en sus mil formas gatantes, bajo las medias rosadas, para ellas son las miradas enervantes.

Pantorrillas suaves, finas y de líneas armoniosas, puras, bellas, cadenciosas,

de diosas y bailarinas, bajo las medias rosadas, para ellas son las miradas masculinas.

Pantorrillas victoriosas, firmes, torneadas, graciosas, bajo las medias rosadas, para ellas son las miradas amorosas.

PABLO TORREMOCHA

POR ESOS «CINES»

Princesa.—De éxito rotundo y definitivo puede calificarse la graciosísima producción de la marca Verdaguier titulada "La criada del coronel".

Su único y mejor elogio es recomendar al público no deje de verla; cuanto antes, mejor.



El.—Mira, si tú quieres podemos fugarnos y vivir en medio del campo, igual que en el "cine".

Ella.—Pero ¿sabrías hacer la tienda de campaña?...

El.—Sí, mujer...

Dib. de Bluff.

También han gustado mucho "Siempre la mujer" y "Fuera del ring", ambas producciones propiedad de la Empresa.

Cine Madrid.—Después de las dos superproducciones de la Metro Goldwyn "El jaz-band del Folies" y "Ropa vieja", que tan gran éxito han alcanzado en este concurridísimo local, se ha estrenado la preciosa comedia cinematográfica "¿Cuál de los dos?", interpretada por la hermosa estrella Devorés y el notable actor Wilhan Haines.

También ha gustado extraordinariamente la hermosa producción "La fierra del mar", de la marca Verdaguier, que ha sido elogiadísima.

Real Cinema.—Después de una *réclame* a la americana, se ha proyectado en este aristocrático salón la película "Carmen", basada en la célebre novela de Merimée e interpretada por Raquel Meller. La española de Merimée ha sido llevada a la pantalla con toda fidelidad de ambiente, siendo cuidadosísima la presentación y el detalle, y Raquel, en su tipo de protagonista, lo ha interpretado como ella creyó que pudo ser Carmen y como ella hubiese sido encarnando en vida el célebre personaje.

Monumental Cinema.—Ha sido muy bien acogida la notable cinta "Gorriones", en la que Mari Pickford está a la altura de su fama.

Palacio de la Música.—De éxito verdad puede calificarse la producción española "La chica del gato".

La preciosa comedia de Arniches ha sido llevada al lienzo con gran justeza, y tanto la fotografía como la presentación e interpretación son dignas de alabanzas en estos momentos de escasez productora en nuestro país.

Cine del Callao.—"El hombre mosca", quizá la más notable y arriesgada producción de Harold, ha constituido el éxito festivo de la semana. Tanto en este local como en *Royalti*, el público ha celebrado con grandes carcajadas el trabajo de tan popular artista.

Argüelles.—La película "Oriente" ha sido muy bien acogida por los concurrentes a este local.

Pavón.—"El gran desfile", la película de la gran guerra, ha constituido el mismo éxito que en *La Princesa* y el *Cine Madrid*.

También ha gustado mucho "El prisionero de Zenda".

Goya y Bilbao.—Gustó extraordinariamente la película de gran emoción "El capitán Blood".

DELFY



Cosas de Belorcio

Una verdadera idiotez

Las alegres chicas de los alrededores de Berlín Elsa, Grettel e Hilda solían abandonar las respectivas granjas de aquellos que con más o menos motivos les daban el dulce nombre de padres y se reunían en uno de los más pintorescos sitios de las frondosas riberas del Rin.

Gustaban las mozuelas de cambiar impresiones acerca de los mozos que las cortejaban y de los piropos que las dirigían.

Grettel, la más cándida de las tres rollizas y rubicundas muchachotas, puso al corriente a sus compañeras de que Fritz, el vaquero de su hacienda la había enseñado en dos meses cómo debía cuidarse al ganado.

—Es moi ponito, querridas amiguitas mías; moi ponito. Y Fritz es un moi grande demasiado inteligente hombre que se lo sabe de todo moi pien. Ahorra se está tres días que me va enseñando a ordeñar.

—¡Oh! ¡Marravilloso Fritz!—comentó Elsa—. Y tu te estarrás pien enseñada, ¿ferdat querrida Grettel?

—¡Oh, yo me estoy enseñada del todo moi combtamente, querrida Elsa! Yo me sé ya tan pien ordeñar que se esté ordeñador todo él combtamente!

—Y pien, querrida mía Grettel, dime tú: ¿cuántas se están las vacas que te has ordeñado tú?

—¡Oh, carramba, querrida mía Elsa! ¡Todavía no me estoy empesada con las vaquitas, carry!

En estas inocentes expansiones pasaban las angelicales jovencuelas sus ratejos de asueto, cuando una tarde— conviene advertir que esta anécdota idiota se desarrolló durante la garata que algunos llamaron gran guerra— sintieron nuestras heroínas un gran ruido de caballos, arneses entrechocándose y voces hombrunas.

Tal que ninfas sorprendidas por el más acreditado de los sátiros ocultáronse rápidamente entre el follaje más espeso, que era un señor follaje, donde no penetraban ni los ardorosos rayos del caliginoso Febo. Y ocultas allí, vieron cómo acumpaban las tropas y cómo el Kromprintz, ¡nada menos que el Kromprintz, con su Estado Mayor, cuyos vistosos uniformes permitían considerarle como un Estado interesante, se congregaban, sin descabalar de las monturas,

en torno de un frondosísimo tilo, con ánimo de celebrar Consejo y, de paso, vaciar al unis el líquido de sus respectivas cantimploras, corrupto tal vez, por el exceso de tiempo que debía de llevar embotellado.

Mucho gustaron a nuestras mozuelas los rutilantes uniformes de los militares, pero lo que más hubo de chocarles fueron las cantimploras.

Y, cuando los marciales viajeros, limpios ya da líquido los recipientes, reanudaron la marcha, Elsa, Grettel e Hil-

da, cambiaron sin temor sus impresiones.

—¡Oh, qué grandes marravillosas cantimploras!

—Moi mocho bresiosas, si está ferdat.

—¿Os hapéis fijado, querridas amigas mías? No erran todas iguales.

—¡Oh, no! ¡No se estapan iguales todas!

—La del señor coronel, qué grande, ¿ferdat amigas mías querridas?

—¡Ah, sí!, ¡qué grande y qué fonita!

—¡Oh!, pues a mí me gustó moi mocho más la cantimplorra que se estaba del señor capitansito rubio.

—¡Ah, carramba, se estaba un moi delicioso cuquete!

Entonces Elsa, intervino:

—¡Oh, pues no, mis moi querridas amigas mías! ¡Se estaba la más fonita y la más pella, la del señor Kromprintz! ¡Y la más cuidada se estaba también!

Y se fueron al guano, las tres niñas.

BELORCIO.



—Me ha encargado mi papá que le pregunte a usted si tiene COSQUILLAS.

—Mira, rico: dile a tu papá que lo que tengo es reuma.

Dib. de Montero Bosch.



madrinas de guerra

Las solicitan:

Conrado Derzal. Secretaría particular del comandante general de Melilla.

Pablo Millán Malo y Juan Casanovas, soldados del Batallón de Ingenieros de Melilla, Compañía de Telégrafos de la Red.

Gregorio Jove Mart. Tercera bandera de la Legión, 19 compañía, Larache.

Ricardo Rubio Serna. Comandancia de Infantería de Melilla, primera compañía, posición Benítez.

Angel Campa Martínez, Oscar Campos Pérez y Juan Perillán Esteve, de la Comandancia de Artillería de Melilla, segunda batería.

Saturnino Abril de Dios, Marcelino Gallego Martín, Antonio Pérez Oliveras y José Nadal, de la Compañía de Telégrafos de la Red, en la estación telegráfica de Benítez, Melilla.

EPIGRAMAS

Para juzgar que es tan bella
Lucinda como solía,
no pasa por ella día,
todos se quedan en ella.

EL PRÍNCIPE DE ESQUILACHE

Siendo hueso la mujer
que del costado ha salido,
en ella tiene el marido
un buen hueso que roer.

Contra el consorcio Alama arde
y todo el día lo infama:
—No hay yugo más fuerte, exclama
de la mañana a la tarde.
Mas después la misma Alama
en la noche se desdice:
—No hay yugo más dulce, dice
de la tarde a la mañana.

FRANCISCO DE LA TORRE

SUCEDIDO

Curro Linares tenía mejores golpes que un reloj Tan-tan. Se contaban de él anécdotas dignas de figurar allí donde la gracia y el ingenio tuviesen un lugar de honor. Sólo tenía un pequeño defecto: la bebida; era un entusiasta adorador de Baco. Una noche, yendo camino de su casa, tropecó con Curro Linares que, en posesión de una *filoxera* de categoría, estaba en colocojo con el paciente vigilante nocturno, el que es-

cuchaba la lección de astronomía popular con que le estaba obsequiando el citado cogorza.

Yo no, conocía más que de oídas a Curro, así que cuando me lo presentó el sereno, no pude por menos de reconocer que la figura del gracioso correspondía exactamente a las descripciones que sobre el tipo me hicieron mis amigos.

Luego de aquella noche, le vi en varias ocasiones y siempre su buen humor se mostraba en alguna ocurrencia; pero lo que más gracia me hizo de Curro fué una tarde en los toros.

A la salida del segundo bicho, entrampilló a un picador y allá fueron rodando por la arena jinete y caballo; acudieron los monos y, aunque el caballo quedó casi descuartizado, los servidores se empeñaron en que el jaco

había de levantarse; pero quien se levantó fué el público protestando; los monos, firmes en su tarea, hacían caso omiso de la grita y seguían tenazmente apaleando al moribundo jamelgo, que ni con *polvorones* quería colocarse en su cuadrúpeda posición.

El público seguía gritando y los monos ternes en levantar al jaco macilento.

De pronto, la voz de Curro Linares se escuchó en el tendido:

—¡So mal anges! ¡Mardita síá, si seis brutos! ¡Dejá ya esaborios de atosigá ar probe animá! ¿Queréis levánta er cabayo? ¡Pues no sudéis ustedes más! ¡Salir con la sota, hombres, salir con la sota!

Y el caballo subió al tendido a felicitar a Curro Linares.

MIGUEL ANGEL DE PEREDA

El número que preparamos para Carnaval va a ser la oca... rina.



PARADOJA, por Picó.

—¿Y por qué te quieres separar de tu marido?
—¡Porque no nos hemos juntado nunca!



Barcelona En Pyjama.

Esta crónica de hoy podría titularse "La Nochebuena de Margot". Con su lectura se enternecerían las señoritas de la clase media y algún que otro "pollo pera" fácil al enternecimiento. Porque se trata de una crónica "blanca", o casi blanca: color café con leche.

No todo el monte es orégano, y conste que no debe verse en lo del monte a que acabamos de aludir, intención pecaminosa.

No nos referimos a Maruja L..., a la que algunos guasones llaman "El Monte de Piedad" porque la pobre no tiene un no para nadie.

Margot es una mujer alta, esbelta y flaca como una espátula, rubia como un bizcocho. Margot, indudablemente, no es una mujer guapa, como lo fué la austriaca Mery—hoy despreciada, aunque, al buscarla, nadie la haya confundido con las niñas—, como no lo fue tampoco Elena, la rubia cuya nariz rivalizaba con la de nuestro amigo Font. Pero la belleza—aunque se crea lo contrario—tiene una importancia muy relativa en la vida galante. Parece que para dedicarse a la vida galante (sic), son precisas ciertas condiciones de belleza y de voluptuosidad. Sin embargo, la mayoría de las chicas que han caído—y con qué poca gracia se dejaron caer las pobres!—, ni son bonitas ni mucho menos voluptuosas. La voluptuosidad les parece un vicio execrable y repugnante. El amor, la pasión, los placenteros banquetes de la carne, todo eso está fuera de programa para ellas. Se limitan a cumplir su deber como en una oficina.

Margot, pues, no es una mujer guapa. Pero es una mujer muy elegante, muy distinguida. La visten gratis unas casas de modas para que luzca los modelos recién llegados de París. En el Edén, la llaman "La señorita maniquí".

Eso le da mucho postín. No todo el mundo sirve para maniquí. Una chica honesta—según Margot, que tiene sus teorías—no puede dedicarse a tal profesión. Parece que la gimnasia del amor da al cuerpo una línea, un estilo, una distinción, una soltura, una elasticidad que no da la doncellez.

Margot quiere que contemos cómo pasó la noche de Nochebuena. Como no tenemos otra cosa que hacer y el episodio no es vulgar en la vida de la muchacha, vamos a complacer a Margot. Víspera de Nochebuena del feneci-

do año de gracia (?) 1926. Lugar de la acción: el *cabaret* del Edén. En una de las mesas se halla nuestra amiga Margot, acompañada de unos viejos tripudos que, como están dispuestos a divertirse en grande, han pedido una paella a la valenciana. Una paella a la valenciana, a las dos de la madrugada, resulta algo serio. Pero, ¿qué le vamos a hacer?, nuestros juerguistas son así.

En otra mesa está Monna My, más *mona* que nunca, con su monóculo y su botella de manzanilla. En otras mesas,

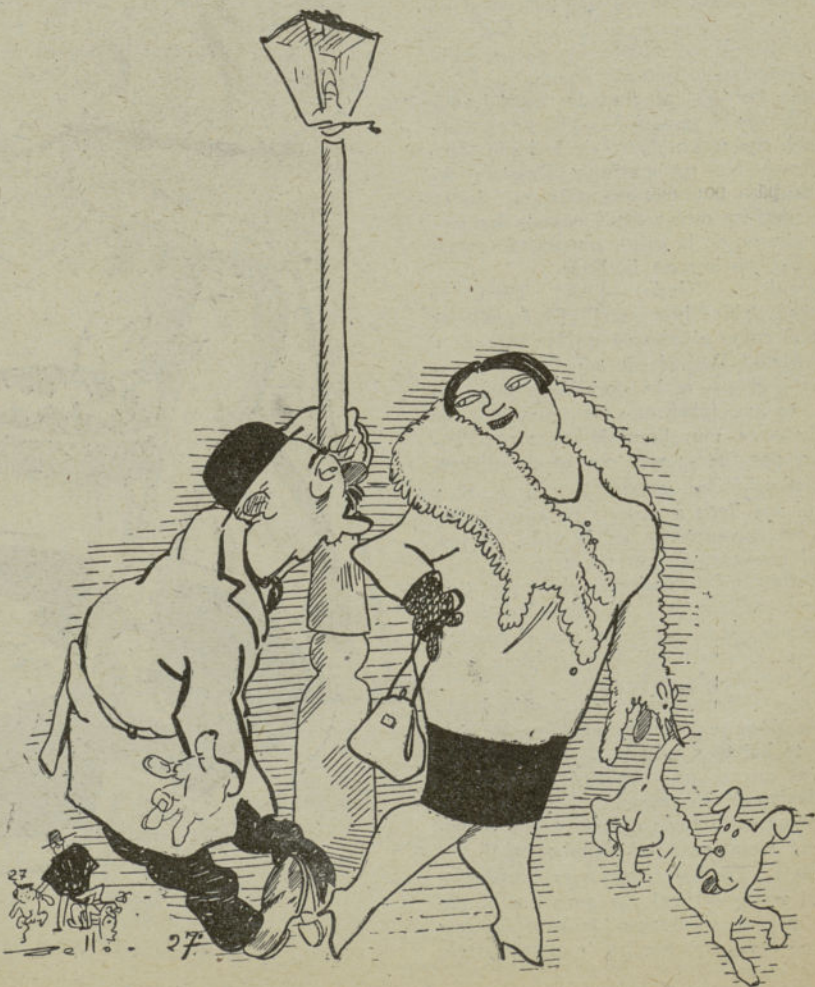
las chicas de siempre y las alcahuetas de siempre. El cuadro que hace la pista del Edén es estremecedor.

En un rincón se ha montado una tómbola de muñecas. No les extrañe a ustedes. En tales lugares hay siempre un candor paradisíaco. No me extrañaría que una de las atracciones del *cabaret* fuese el juego de prendas,

Margot ha contraído esta noche el compromiso de darle hospitalidad en su alcoba a uno de los tripudos juerguistas que se disponen a atracarse de paella a la valenciana. Es un compromiso serio. Pero, de pronto, el botones le ha entregado a Margot una de las muñecas de la tómbola.

Y Margot, que es un poco cursi—como todas sus compañeras de profesión—, se ha enternecido. Y ha roto el compromiso con el tripudo juerguista. El se ha figurado que porque quería acostarse con su amante del corazón. Pero, no; su amante del corazón ha sido la muñeca.

LUIS CAPDEVILA



—¡Oye, joven valdepeñera!, repítame eso que me has propuesto, que veo que estás por mí que "haces" números.

Dib. de Bellón.

Los maridos modelo

Gabinete coquetón en casa de Paula Rovira. Un aromático te humea en las chinescas tazas que hay sobre una linda mesita. En derredor de ella, muellamente sentados en blandas chaise-longues, Paula, treinta y cinco años; espléndida de belleza, rubia, de tez marfileña y ojos azul intenso; Luisa Costa, veintiocho años, morena, de labios rojos y sensuales, piel de endrina y ojos de gata en celo, y Arturo, treinta y dos años, esposo de la anterior, tipo displicente, pelo lacio y mirar lánguido.

Saboreados los primeros sorbos de te, da comienzo el diálogo frívolo.

Luisa.—De modo que, según parece, se casa Joaquina...

Paula.—Sí, hija; al fin. ¿Quién había de decirlo, eh?

Luisa.—Verdad es. Ya la llamaba la iglesia, porque Joaquina tiene, lo menos, treinta y dos años.

Paula.—Ella afirma que son veintiséis los que ha cumplido.

Luisa.—Y no miente. Lo que se calla es la fecha en que lo cumplió... Pero, ¿quién es el afortunado mortal que carga con el regalito?... ¿El niño tonto aquél, con quien *flirteó* de lo lindo tanto tiempo? No me extraña. Después del escándalo tan monumental que dieron en Figueira este verano, cuando les sorprendieron en la gruta aquélla tan amarretados, se impone la boda.

Paula. (Riendo).—¡Ah! Pero, tú crees... ¡No, hija; no! ¡Si aquello se acabó como el rosario de la Aurora: a farolazos! Después de aquello, tuvo tres más y el que se ha decidido a picar, al fin, es un fabricante de embutidos de Salamanca, muy lleno de grasa por dentro y por fuera; pero con mucho dinero.

Luisa.—¿Qué suerte!... ¡Si a ti y a mí nos llega a ocurrir un caso análogo, no encontramos en la vida un imbécil que cargue con nosotras.

Arturo. (Interviniendo sin pedir permiso).—¡Claro es!... Y así lo habéis encontrado... Lo que indica que el hombre que se casa, es un perfecto imbécil, se le mire por donde se le mire.

Luisa. (Devorándole con la mirada).—Para decir esa imbecilidad, mejor era que te hubieses callado... (A Luisa). Y, ¿dices que es un fabricante?...

Paula.—Y riquísimo.

Arturo.—Si tiene dinero, a ella le parecerá riquísimo, ¡no faltaba más!

Luisa. (Sin hacer caso a su marido).—Pues no le arriendo la ganancia al pobre, porque si al peso de la grasa une el que muy en breve ha de aumentarse en la cabeza...

Paula.—Puede que se resigne. No es el primero... Y si no, ahí tienes el caso del marido de Elvira.

Luisa.—¿Sí?... ¿Qué le ocurre?

Paula.—Casi nada. Que el otro día, al regresar de una cacería, sorprendió a su mujer en dulce coloquio con un íntimo amigo, y...

Luisa. (Interrumpiendo nuevamente).—¿Se pondría hecho un toro?

Paula.—¡No lo creas! No se alteró. Con una sonrisa muy cortés, trató de

ponerse el sombrero y se marchó diciendo mil excusas.

Luisa. (A Arturo, que escucha indiferente).—¿Ves? Toma nota y aprende, tú que por menos te pones hecho una fiera. Eso, eso es un hombre con educación a quien da gusto tratar y no a vosotros...

FIDEL PRADO



PELUQUERIA DE SEÑORAS, por Picó.

La cliente.—¿No sabe usted que desapareció aquel argentino que prometió casarse conmigo?

La oficiala.—¡Ya había notado yo que tenía usted menos pelo!

A nacer están tocando

Resulta que en España, y singularmente en Madrid, disminuye la natalidad. Cada día nacen menos chicos. Y no creemos que ello obedezca a una negativa de los nonnatos a hacer su aparición en esta "soirée" que llamamos existencia. No parece probable que en le más allá de donde salen las criaturas, se haya corrido la voz de que la vida, como las verbenas, empeora de año en año. No, decididamente no es presumible que esa voz se haya corrido.

Pero, ¿hay menos alumbramientos. ¿Por qué?

En todo natalicio intervienen dos factores. A veces, intervienen más—ya decía nuestro poeta lo de aquel chico que "a escote lo hicieron entre ciento veinticinco"—, pero nos ha dado por la moralidad y no queremos suponer que sean más de dos los autores. ¿Será de ellas la culpa? ¿Será de ellos? ¿Será de los lados?

Ellas—¡ellas!—, cada día están más atorrantes. Comparen ustedes una señora de sesenta años y una chiquilla de quince, a ver si logran

encontrar el punto de comparación. Comparen ustedes las indumentarias. Las caídas de ojos. El aleteo temblón de esas cosas que también son casi indispensables a los chicos de quince días. El juego de la boca: Y el juego de todo lo demás cuando caminan, pimpantes, por esas calles. Comparen ustedes.

Y, aunque sean más sesudos que la figura en piedra de Atalarico y más inconvencionales que la estatua de Moyano—¡que aún no ha protestado contra su emplazamiento!—, tendrán que reconocer que las mujeres de hoy no pueden ser culpables de que disminuya el número de alumbramientos. Eso está clarísimo.

¿Es de ellos la culpa? Ya no está tan claro. Esta generación del fútbol no parece que sea gran cosa. Se satisfacen con el esférico y no aprecian que ésa es una redondez engañadora. Toda la fuerza se les va por la boca. Es una generación a la que le basta con "pintarla". Y hay que llegar más hondo para hacer algo que valga la pena.

Antes se quejaba la gente de que aquí los hombres iban siempre solos y las mujeres también. Ahora existe una mayor convivencia amistosa de hombres y mujeres. Y ya ven ustedes los resultados. Esa estadística del Ayuntamiento es fatal: no nacen chicos, ni con rogativas.

Cierto que, como ha dicho Anatole France: "nadie sabe lo que hace cuando hace una criatura"; pero tampoco sabe uno lo que hace cuando pide cinco duros o cuando alborota por las calles, y todos los días hay "sablazos" y de juicios de faltas estamos como queremos. Cosas meditadas y sensatas, lo que se dice bien pensadas, no las hacen más que algún decano de Facultad, ¡y entre ellos los hay con once críos! Hay que crecer y multiplicarse. Después de todo, cumple uno un precepto divino. Y no es muy desagradable.

¿Ustedes conocen el cuento de la liga de defensa que formaron los "principios vitales"—cultivamos el circunloquio—deseosos de nacer? ¿Lo conocen? Me alegro. ¿No lo conocen? Pues, lo que es ahora no lo voy a contar. Pero creo que se impone algo de ese



—¡Qué apocados son estos vestidos que llevamos ahora!... A primera vista se nota su cortedad.

Dib. de Herreros.



Ella.—Qué frío tié osté señor Frasquito. Fijese osté en mí.

El.—Oye tú, calefacción sentral: Tu marido lleva quince días en el pueblo ¿verdad?

Dib. de Bellón.

jaez; algo que no malogre las energías que todos damos por existentes en la raza.

De una u otra forma, debemos afanarnos por aumentar el número de nacimientos. Dicen que es una labor patriótica. Las chicas están más ricas que un lenguado al gratin. Cada día se construyen los muebles con mayor sibaritismo. ¡Hay que animarse! Hay que traer criaturas a este mundo, aunque no sea más que para que las atropellen los automóviles.

VENEGAS

Después de troncharnos de risa con el artículo de Félix Herce, nuestro querido compañero... se nos ha perdido el original.

Por el ojo de la cerradura

Las alegres chicas de Martín

No sé si voy a darte una sorpresa agradable, lector. Sospecho que sí. Porque la presencia en escena de las blancas y rosadas carnecitas (o simplemente del color de las mallas) de las segundas tiples de cualquier teatro alegre y divertido no te permitirá suponer que con eso sólo descubres un montón de secretos y otras cosas deliciosas.

Lo verdaderamente interesante no sale al escenario. Te lo aseguro, lector. Se queda en el cuarto donde se viste, o, todo lo más, en el pasillo...

Pero yo, gracias a Dios, soy periodista e indiscreto. Una cosa es inherente a la otra; generalmente van unidas; mas, de raro en raro, se separan. En mí la condición profesional y la indiscreción son consubstanciales, gracias a Dios, vuelvo a decirte.

* * *

A don José Juan Cadenas le debemos dos cosas: la opereta y la creación de las segundas tiples. A don José L. Campúa una creación: la de los *skets*, y una transformación: la de *segundas tiples*, en... *chicas*, sencillamente.

Se dice hoy: "Vamos a ver las chicas de Romea, o las de Eldorado o las de Martín"... como hace cuatro años se decía: "Vamos al Reina a ver las segundas tiples..."

Romea es la selección, el tono frívolo. Eldorado, con sus heroínas Chelito, Carmen de Granada y Maruja Fontalba (née) Rodríguez o García, es la risetada. Martín, en otro tono de diapasón, la risa popular, sencilla, que se escandaliza un poco siempre...

En Romea se sabe lo que se encuentra. En Eldorado se espera algo más... En Martín, a veces, no se espera tanto...

—En estos ambientes habrá que ver cómo son las chicas... —se dirá ese lector que se queda en casa por las noches.

Concedámosle a Martín la primacía por orden riguroso de años. Y esta declaración no molestará a D. Francisco Torres, ni a Luis Bori. Hay que reconocer que en Martín el teatro y el género tiene menos juventud que en Romea y menos audacia que en Eldorado.

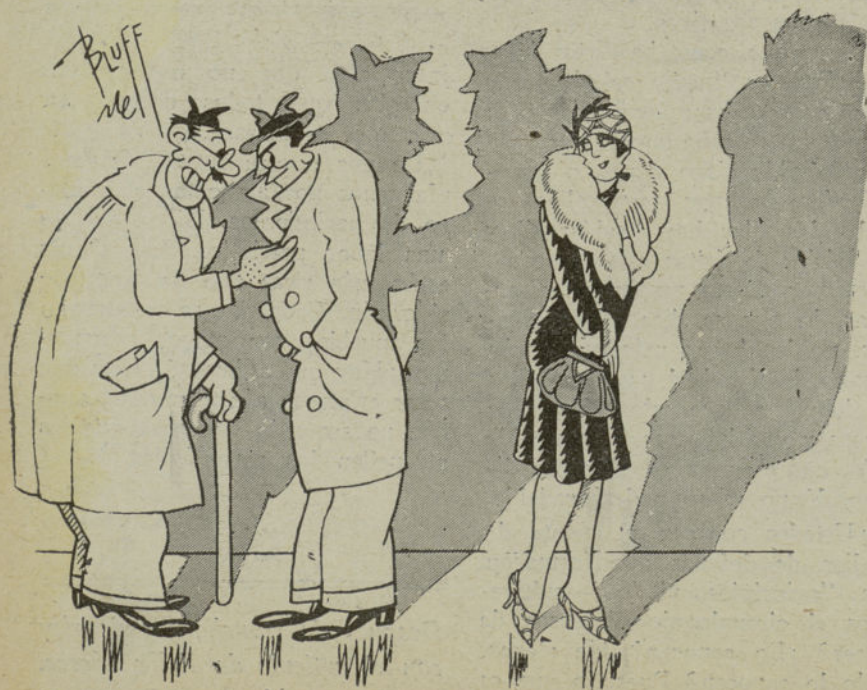
Hablemos de las alegres chicas de Martín, que son unas buenas y lindísimas chicas. Las alegres chicas de Martín deben tener—me figuro yo—en su mayoría ensueños caseros. Por regla general, la mujer española no tiene complicaciones, ¡aunque algunas ansiosas tengan cada complicación!... ¿Ustedes se figuran *criaturas del otro mundo*—por ejemplo—a Aurorita Peris y a Luisa Wieden? Seguramente todas sus *diabólicas* imaginaciones se detienen ante la posibilidad de un buen marido.

Las alegres chicas de Martín—¡esa burguesita Conchita Ruiz, hogareña y sencilla por culpa del *grandísimo* castizo de Paco Balseiro, alma y bulla de la cabecera del Rastro!—, esas alegres chicas de Martín—digo—son como modelos de pintor: desnudo el cuer-



—Yo quisiera ser tan delgada como esta Venus; pero a mi novio no le gusta pellizcar huesos.

Dib. de Picó.



—Ahí tienes. Dice que en todo el año pasado ganó más de dos mil duros. Claro que yo no lo creo, porque es una francesa que miente mucho.

—Ya; eso quiere decir que todo lo ganó de boquilla.

Dib. de Bluff.

po, velado el rostro y turbada el ánimo. Pero, a lo mejor...

Te pido permiso, curioso espectador que me lees, para penetrar en los cuartos de las alegres chicas de Martín. Te juro que no me voy a callar nada... ocurra lo que ocurra.

EDUARDO M. DEL PORTILLO

El gran fotógrafo artista Walken, nos ha ofrecido unas piernas extraordinarias para el "extraordinario de Carnaval". ¿Vamos a agarrarnos para no caer?



Esta magnífica foto representa el momento de hacer la selección en un concurso de belleza, en el que aquí, el compañero Rodríguez, se ve *marrón* para elegir. ¡Que es un concurso de abrigo lo atestigua la foto! Yo que Rodríguez, no me entretenía en elegir entre tanta americana; hacía lo que el tonto del circo... ¡Me las ponía todas! Vuestro hasta que os dejen de gustar estas *gachis*, INCÓRDIEZ.

ALBUM DE BELLEZA
EN NORTEAMERICA LAS HAY
QUE MONDAN



Fotografías
cinematográficas

UNA ESCENA DE
ALTA COMEDIA

Foto de *La Universal*